

ARGELIA: UN PAIS EN ESPERA DE SU DESTINO

Así como al llegar a su desembocadura se ensanchan los ríos, ha parecido ensancharse el río de lágrimas, sangre y problemas de la cuestión argelina a medida que el general De Gaulle se esforzó en hallarle una solución. En efecto, no bien asumido el poder en junio de 1958, se constituyó el 19 de septiembre el primer Gobierno Provisional de la República Argelina (G. P. R. A.). Inmediatamente se generan dificultades entre el Gobierno francés y los países que reconocieron al Gobierno argelino en el exilio, enturbiándose notablemente las relaciones que Francia mantenía con aquéllos¹. Apenas pronunciado el discurso del general De Gaulle de 16 de septiembre de 1959, proclamando el derecho del pueblo argelino a la autodeterminación, el G. P. R. A. puntualiza que si bien está dispuesto a negociar con Francia, no admite el control francés sobre el Sahara. La postura del F. L. N. corta en seco, al menos oficialmente, todo propósito de negociación. Pero el discurso del general De Gaulle suscitó en los medios europeos de Argelia una emoción creciente y catalizó las indignaciones hasta que plasmaron en el levantamiento de 24 de enero de 1960, llamado de «las barricadas», capitaneado por Lagailarde, Ortiz y otros significados defensores civiles y militares de la tesis de «la Argelia francesa». Falto del apoyo decidido del Ejército, el levantamiento fracasó. Pero en pos de él hubo la inevitable secuela de detenciones, destierros voluntarios, juicios y exclusiones del Ejército, que afectaron a amplios sectores sociales, todo ello al amparo de los plenos

¹ Francia amenazó con romper sus relaciones diplomáticas con los países que reconocieran al G. P. R. A., pero no lo cumplió. Sólo ha hecho una excepción con Yugoslavia el pasado 7 de febrero, a pretexto de que la misión diplomática del G. P. R. A. en Belgrado había sido inscrita a primeros de año en el Anuario diplomático. Ello era lógico, puesto que en la Conferencia neutralista de septiembre de 1961, en sesión plenaria, el propio Tito reconoció *de jure* al G. P. R. A., reconocimiento ante el que Francia no reaccionó entonces, reservándose para hacerlo en vísperas de dar la independencia a Argelia.

poderes concedidos al general De Gaulle el 2 de febrero de 1960. Por vía de consecuencia, en la metrópoli se produjeron huelgas masivas de protesta contra el levantamiento y adhesiones de partidos y grupos de izquierda al «defensor de la legalidad republicana», creándose así una intranquilidad activa que no ha cesado de manifestarse desde entonces en esos sectores políticos.

Aparentemente descabezada la oposición a una política de concesiones y acercamiento al F. L. N., el general De Gaulle reiteró sus propuestas a los dirigentes argelinos, pero condicionándolas a que «dejaran el cuchillo en el guardarropa» y a que se firmara el alto el fuego antes de abordar las cuestiones políticas. El F. L. N. no dejó ningún cuchillo en el guardarropa, y no tuvo resultado práctico alguno la tregua dispuesta unilateralmente por el general De Gaulle para las Fuerzas francesas. El 25 de junio de 1960, tras una labor de contactos secretos, se iniciaba a bombo y platillo la Conferencia de Melun. Fracasó. Ambas partes se quejaron amargamente de la mala fe del otro interlocutor. La fruta no estaba en sazón, esta era la realidad, porque Francia no había dado todos los pasos políticos precisos para acercarse al F. L. N., firme en su propósito de independencia sin cortapisas, ni menguas de un territorio cuyas fronteras han sido fijadas por Francia, tan ordenancista que no dejó suelto ni un palmo de desierto.

Pero si este escarceo oficial no dió el resultado apetecido, tuvo el don de reagrupar a las desbandadas tropas de «la Argelia francesa» y de atraerles nuevos partidarios. Así se fué preparando el levantamiento del 22 de abril de 1961, capitaneado por los generales Challe, Salan, Jouhaud y Zeller. No tuvo mayor éxito que el anterior, pero esta vez la secuela de detenciones, juicios, retiros forzosos y exclusiones del Ejército² caló aún más hondo en las Fuerzas armadas que en la precedente ocasión. Si se tratara de la URSS, diríamos que se hizo una purga. Tratándose de Francia, diremos que se hizo una reorganización del Ejército sobre la base de la lealtad a la política argelina del general De Gaulle, encarnación de Francia. Entre tanto, contactos secretos y tanteos iban por su camino. No lo interrumpieron los sucesos de abril, como pretendían. El 20 de mayo se iniciaban nuevas conversacio-

² La mayor parte de las exclusiones del Ejército se llevaron a cabo a través de un Tribunal Militar Especial creado por decisión del Presidente de la República el 3 de mayo de 1961, instituyéndose esa jurisdicción en Francia en virtud del artículo 16 de la Constitución. En fecha reciente se ha presentado Recurso de Agravios ante el Consejo de Estado por decisiones adoptadas por el citado Tribunal.

nes en Evian, una vez abandonada por Francia la primera línea de resistencia, o sea su negativa a negociar conjuntamente los problemas de fondo y el cese de los combates, que, por cierto, estaban cesando poco a poco sin necesidad de «alto el fuego». Estas conversaciones se interrumpieron antes de llegar a un entendimiento; se reanudaron pocos días después, y, finalmente, se aplazaron indefinidamente el 13 de julio³. Pero los interlocutores no estaban ya tan alejados como anteriormente. Tal se desprende de uno de los discursos radiados y televisados del general De Gaulle reiterando que Francia admitía un Estado argelino independiente, reteniendo de las tres resoluciones propuestas el 16 de septiembre de 1959 solamente la independencia. Una independencia combinada con la asociación... Agregó que si no había asociación, habría partición de Argelia, sin reparar que tal pretensión había levantado en vilo, pocos días antes, a la población argelina musulmana, arrojando el balance de aquellos disturbios 80 muertos y 300 heridos. Pero a fuerza de discursos, declaraciones y conciliábulos secretos, Francia dejaba bien sentado su propósito de no cejar en lo que se imponía como su decisión de llegar a un acuerdo con el G. P. R. A., expresión política de un F. L. N. que estaba cada día más encogido en su expresión militar al A. L. N.⁴.

Si «dos no riñen cuando uno no quiere», también es cierto que «dos se entienden cuando uno se empeña». Este fué, indudablemente, el pensamiento que dominó las conversaciones de Lugin, iniciadas en 20 de julio y rotas, a su vez, el 28 de julio, por insistir el G. P. R. A. en la inclusión del Sahara en el territorio argelino, pretensión que, de momento, Francia estimó inaceptable, aunque un poco después reconsiderara su postura. Esta nueva concepción no dejó de facilitar los contactos ultrasecretos mantenidos en Suiza e Italia por los emisarios del Gobierno francés y el G. P. R. A. durante el verano y parte del pasado otoño, a raíz de la declaración del ministro de Información argelino sobre las buenas disposiciones del G. P. R. A. para reanudar las conversaciones, con la condición de que fuera reconocida la soberanía argelina sobre *todo el territorio y la unidad de su población*: el G. P. R. A. había tomado buena nota de que Francia había abandonado una nueva línea de resistencia al desistir de hacer reservas sobre el Sahara.

³ A raíz de aquellas negociaciones fracasadas, Joxe declaró: «Seguiremos preparando otros contactos que permitan negociar fructíferamente.»

⁴ El corresponsal de ABC en Argelia, Salvador López de la Torre, ha relatado el viaje por él realizado en compañía de elementos militares por regiones antes dominadas por guerrilleros.

Un episodio en cierto modo marginal aplazó la iniciación de nuevas negociaciones formales: la huelga del hambre de Ben Bella y de sus «co-ministros», detenidos en Francia desde octubre de 1956, seguidos en el ejemplo por todos los argelinos encarcelados en la metrópoli. Tal huelga rebasa ampliamente el marco de una protesta contra el régimen penitenciario. Se inserta en las complejidades del F.L.N. y de sus grupos, algunos de ellos de «nueva ola». Recordemos que Ben Bella, ministro honorario, forma parte del grupo llamado «histórico». Lo componen los nueve nacionalistas argelinos que organizaron y desencadenaron el levantamiento de 1 de noviembre de 1954, prescindiendo del fundador del nacionalismo argelino organizado, Mesali Hach. ¿Estimó Ben Bella que sólo a él y a los demás «históricos» correspondía la misión de hacer arribar a Argelia a su independencia? Se carece de información a este respecto, pero lo que sí resulta evidente es que la detención de Ben Bella, aparte de estorbar su intervención en las negociaciones secretas y públicas, acabó por relegarlo a un segundo término, glorioso, sin duda, pero de escasa efectividad política. Además, las negociaciones eran llevadas por los seguidores de la línea doctrinaria derivada del Congreso de la Summam, de 20 de agosto de 1956, convocado por Krim Belkacem—«histórico», también él, aunque no conozca a Ben Bella, al parecer—, y opuesto a las tendencias personalistas atribuidas a éste⁵. Fué en este Congreso donde se creó el Comité Nacional de la Revolución Argelina (C. N. R. A.), que detentó desde entonces la soberanía argelina—al menos su teoría—, y tiene atribuciones semejantes a las de un Parlamento para decidir sobre la paz o sobre la guerra. Obvio es señalar que la detención de Ben Bella fortaleció notablemente la tendencia *democrática* que refleja el C. N. R. A., lo cual no acarrea forzosamente que Ben Bella haya renunciado a su criterio «historicista» respecto a la cuestión de Argelia.

En los primeros contactos con el Gobierno francés, el F.L.N. pidió la liberación del *leader* como medida previa a toda negociación. Posteriormente, desistió. La huelga del hambre iniciada a primeros de noviembre pasado⁶ aparece como un medio de presionar para que el G. P. R. A. volviera a

⁵ Los Estatutos del F.L.N. fueron elaborados en el Congreso de la Summam y completados en el Congreso de Trípoli, de diciembre de 1959. En el último Congreso de Trípoli (agosto de 1961), el C. N. R. A. había dado poderes a los ministros del G. P. R. A. para negociar, aun señalando límites a sus poderes, en particular respecto a los principios de unidad e integridad del territorio argelino.

⁶ Cierta sector de la prensa gala dijo que los abogados de Ben Bella le ayudaron con pastillas vitaminadas a sostener su postura. Nos limitamos a citar la información.

exigir su liberación, a fin de participar en las negociaciones, al tiempo que recordaba su existencia, de modo espectacular, a las masas argelinas, desviadas hacia los nuevos dirigentes del F. L. N. Esa huelga, cuya base era claramente política, fué un éxito al internacionalizarse con la intervención fogosa de Marruecos. Hassan II no desperdició la oportunidad de echar su cuarto a espadas, y, merced a la benévola tolerancia de Francia, el embajador marroquí en París y el enviado del rey de Marruecos, Mohammed Laghzauí dieron a la huelga del hambre de Ben Bella y de los demás argelinos todo el aire que necesitaba Marruecos para desempeñar, a costa de Tunicia, un papel preponderante en las últimas fases del drama argelino. Ben Bella no fué totalmente liberado, pero, entre otras ventajas, recibió la promesa de ser ampliamente asociado a las negociaciones previstas, como deseaba y tal vez deseara un poco menos el G. P. R. A. Además, logró una adhesión de la masa penitenciaria argelina, que sólo cesó la huelga cuando así lo ordenó Ben Bella, sustituyéndose al ministro del Interior del G. P. R. A., que es precisamente Krim Belkacem, el cual detenta en principio toda la autoridad sobre la Federación F. L. N. en Francia. Habida cuenta de las facciones existentes en el F. L. N., la huelga del hambre de Ben Bella fué un toque de atención que estimamos interesante para el futuro y con relación a dirigentes que han crecido durante su forzada ausencia. Además, frente a los «5 de Túnez», Ben Bella y sus codetenidos suman otros cinco votos, cuyo peso específico se hará sentir en ulteriores decisiones de importancia. Tales perspectivas influyeron acaso en el ánimo de Ben Bella para no hacer de su liberación la condición previa a las negociaciones. Así se empleó Túnez en hacérselo ver a través de sus abogados, que hicieron de lanzadera entre Túnez y París, ya que el Gobierno tunecino no pudo desplegar otra actividad por estar rotas las relaciones diplomáticas con Francia, lo cual, en la histórica coyuntura, ha colocado al Gobierno tunecino en posición de inferioridad frente al de Marruecos⁷.

Resuelto el problema Ben Bella, los contactos, jamás realmente interrumpidos, se reanudaron al nivel de «emisarios» no facultados para una negociación propiamente dicha y sólo encargados de una paciente labor de capeo. Pero una vez reanudadas las conversaciones secretas, no dejó de ser un síntoma de la preocupación del Ejército por no aparecer ante la nación como

⁷ Sin embargo, no se citó a Marruecos en el comunicado oficial que el Ministerio de Justicia estimó pertinente publicar, esforzándose por sentar la tesis de que todo se había logrado merced a negociaciones directas entre el Gobierno francés y el propio Ben Bella.

responsable de la gran retirada de Francia, la conferencia de prensa del jefe de las Fuerzas francesas en Argelia, general Ailleret, publicadas en la prensa⁸. Los datos y cifras facilitados por el general Ailleret, cuya disciplinada lealtad al general De Gaulle se demuestra con el cargo que ostenta, permiten tener una idea precisa de la situación militar en Argelia a finales de 1961. Merced al cierre casi hermético de las fronteras con Marruecos y Tunicia, y en razón de las bajas sufridas, el A. L. N. se reducía entonces a unos 5.400 hombres, frente a los 20.000 o más diseminados por Argelia antes del «quadrigage» dispuesto por el general Challe cuando fué jefe de las Fuerzas francesas en Argelia. Luego la conclusión se impone: no por motivos de fracaso militar cede Francia ante el F. L. N. Son otras las causas, internas unas, externas otras, las que motivan este paso trascendental.

Esta certeza, que tan desgarradores casos de conciencia suscita en numerosos militares, unida a las sombrías perspectivas que brinda el porvenir al millón de franceses de origen o naturalizados residentes en Argelia, más el nada desdeñable número de argelinos musulmanes que han permanecido fieles a Francia, ha sido causa y motor de que se creara y desarrollara espectacularmente la O. A. S., hasta representar un tercer factor en el problema que durante años se había limitado a enfrentar a Francia con los nacionalistas argelinos. De hecho, poco, poquísimo, sabemos de esa organización vista desde dentro y que dirige el inaprehensible o inaprehendido general Salan. No tenemos otras noticias que las facilitadas por las agencias informativas, esas mismas agencias que en 1936 y muchos años después llamaron «rebeldes», «facciosos» y «criminales fascistas» a los nacionales españoles. Las mismas comunicaciones de observadores directos están sometidas a la censura. Por ello procede pertrecharse de cautela antes de emitir un juicio de valor sobre la O. A. S. y no dictaminar sobre las finalidades que persigue, las cuales, es evidente, rebasan el «slogan» de «la Argelia francesa»⁹. Nuestra cautela se acrecienta cuando comprobamos con qué unanimidad sospe-

⁸ Vid. *ABC*, de 14 de diciembre de 1961, el artículo publicado sobre este tema por Salvador López de la Torre y la interesante obra de Claude Paillot: *Les dossiers secrets de l'Algérie. 13 mai 1958-28 avril 1961*. 538 págs. Le Livre Contemporain, París, 1961.

⁹ Con relación a lo que puede ser la significación interna de un movimiento del que sólo se nos muestra la parte externa más susceptible de suscitar reservas, sea la violencia, en definitiva equivalente a la que acarrea una guerra civil, ver *Le Fascisme est-il actuel?*, de François Gaucher, Documents et Témoignages, París, 1961, en el que el autor analiza la situación de Francia y de Europa en la coyuntura histórica de la doble amenaza del marxismo y de las reivindicaciones de los afroasiáticos.

chosa todos los partidos, grupos y asociaciones de izquierdas, con el partido comunista a la cabeza, se unen ruidosamente frente a la O. A. S., decididamente antimarxista, ello para protestar de una violencia que fué antes el arma exclusiva del F. L. N., sin provocar una repulsa ni una condena¹⁰. Por lo demás, no resulta muy lógico pronunciarse *a priori* contra la «dialéctica de los puños y las pistolas» cuando se pertenece a la generación que se honra con haber recurrido a ella, acosada por las circunstancias, como sucede a los partidarios de la O. A. S. La reflexión coartándonos en nuestros juicios hasta tornarnos prudentes, nos limitaremos a consignar la fuerza positiva de la O. A. S. en Argelia, si bien en la metrópoli parece demasiado minoritaria, pese a su cohesión y sus curiosas ramificaciones—hasta provocar el cierre de ciertas escuelas preparatorias militares—, como para morder directamente en el cuerpo de Francia. Sin embargo, es evidente que la actividad de la O. A. S. es obstáculo que dificulta cada día más el que los hechos vayan dócilmente por el camino reiteradamente señalado por el general De Gaulle: alto el fuego, Gobierno de transición, referéndum. La adopción por la O. A. S. de la técnica de la guerra subversiva, con sus fases y sus reglas¹¹ es tan evidente que huelga comentar el hecho. Sólo cabe aventurar que esa técnica ha sido estudiada para operar sobre masas o, al menos, sobre masas mayoritarias. Pero ¿qué hemos de entender por «masa» al tratarse de Argelia, donde coexisten dos comunidades en la proporción de un millón de europeos y cerca de nueve millones de musulmanes? Ahí radica, a nuestro modesto entender, la debilidad de la O. A. S., que opera, maniobra y dirige sólo a la masa minoritaria europea y a una minoría de adheridos musulmanes, aparte de la comunidad judía, es decir, alrededor de las 2/9 partes de una masa cuyas 7/9 partes, aproximadamente, están dominadas por el F. L. N., merced, precisamente, a los mismos métodos que los aplicados por la O. A. S.

Pese a que ya en enero la O. A. S. tenía categoría de tercera fuerza, con capacidad para socavar el camino que llevaba al entendimiento, las proyectadas nuevas negociaciones siguieron en pie. Si la fecha de la iniciación de las mismas se aplazó, débese a que los dirigentes argelinos querían atar

¹⁰ Según datos publicados en la prensa, se desprende de una comparación entre las actividades terroristas del F. L. N. que en octubre de 1961 los atentados del F. L. N. fueron 75 y los de la O. A. S. ocho; en noviembre, 112 y 32, respectivamente; en diciembre, 104 y 85. Sólo a partir de enero de 1962, la O. A. S. tuvo más actividad de este orden que el F. L. N. Se hace observar que hasta la creación de la O. A. S., el F. L. N. tuvo el monopolio de los atentados.

¹¹ Ver sobre este tema el excelente artículo de Enrique Manera: «La estrategia revolucionaria», *Revista de Política Internacional*, núm. 59, enero-febrero de 1962.

diversos cabos antes de enfrentarse con las negociaciones. Por ello el G. P. R. A. se trasladó en pleno de Túnez a Rabat, primeramente para poner orden en el sector oriental, donde, aparte de unos 10.000 refugiados argelinos, está la casi totalidad de la wilaya del Oranesado al mando de Ben Sliman, nombrado por Ben Busuf en tiempos de Ferhat Abbas. Del grado de sometimiento de Ben Sliman a las órdenes del G. P. R. A. da idea el hecho de que se negó a recibir a su enviado, procedente de Túnez. Sin embargo, esa wilaya, donde soplan tales aires, tiene suma importancia en el marco de la declaración de guerra formulada por el F. L. N. o la O. A. S., que tiene precisamente en Orán un fuerte bastión. Además, se trataba de neutralizar la eventual influencia que Ferhat Abbas, que reside en Marruecos y representa una de las tendencias existentes en el F. L. N., pudiera haber adquirido en los ambientes marroquíes¹². Por fin, de cara a Francia, Rabat era una base más adecuada por tener un Gobierno no sólo representado en París, sino al que París desea complacer. También con Marruecos era preciso atar cabos, habida cuenta de las reivindicaciones marroquíes sobre Tinduf y Colomb-Béchar. Bien es verdad que a raíz de las conversaciones Hassan II-Ferhat Abbas, entonces jefe del G. P. R. A., celebradas en el pasado julio, unos acuerdos concedían esos dos puntos a Marruecos. Pero el C. N. R. A. no los ha ratificado, de suerte que el problema pendiente no estaba realmente zanjado. Las conversaciones iniciadas en Mohammedia (antes Fedala) el 7 de enero se prolongaron hasta el 18. Al final hubo la promesa de Marruecos de apoyar al F. L. N., la expresión ditirámica de la gratitud del F. L. N. hacia el pueblo hermano. Para los puntos delicados se halló una fórmula destinada a soslayarlos o dejar su solución para ocasiones más propicias: se planeó la organización de la explotación en común del Sahara y la elaboración de una doctrina de cooperación política y económica a la escala del Gran Magreb, nada menos.

Sólo faltaba hacer las últimas recomendaciones a los negociadores antes de que partieran para un punto desconocido de la frontera franco-suiza, donde, con atuendo de esquiadores, lo cual hubiera creado un ambiente de «vodevil» a no ser por el drama que había detrás de todo aquello, esperaban los negociadores franceses. Al objeto de ultimar los preparativos para la negociación, a primeros de febrero se reunió en Túnez el Ejecutivo del FLN. Posteriormente, se celebró una conferencia del C. N. R. A., que ratificó la

¹² Ferhat Abbas no deja de gozar de cierta popularidad en las masas argelinas sanamente nacionalistas. Con ocasión de manifestaciones se han oído gritos de «Ferhat al poder».

concesión de los plenos poderes conferidos a los ministros del G. P. R. A.

Mientras tanto, y en espera de las negociaciones, también el Gobierno francés había estado templando gaitas—aunque la gaita O. A. S. no se dejara templar y exigiera, por su actividad creciente, medidas cada vez más enérgicas, tendentes, al menos, a neutralizarla, ya que resultaba difícil anularla—. Obvio es recordar que el desbarajuste provocado por esa organización no ha cesado de prosperar y extenderse en el transcurso de enero y febrero. Por otra parte, el 5 de febrero, «cara al público» y como complemento de su mensaje de 29 de diciembre de 1961, el general De Gaulle expuso, una vez más, sus puntos de vista políticos. El problema argelino, estimamos, no pasó de ser uno de los elementos del programa un tanto épico que sometió a la facultad de meditación y averiguación de los franceses, aunque las circunstancias llevaran a prestar singular atención a este aspecto parcial de su discurso. Los únicos puntos realmente nuevos sobre Argelia fueron su prisa por «liquidar» el problema y la amenaza de publicar un Libro Blanco, que pusiera de manifiesto «la generosidad de Francia», caso de que las negociaciones desembocaran de nuevo en el fracaso.

El implícito llamamiento del general De Gaulle a la aceptación de los hechos adaptados a su pensamiento sobre Argelia coincidió con la campaña «Soy francés», patrocinado por 30 asociaciones argelinas que no han sido puestas «fuera de la ley», como se hizo con la O. A. S., exhumando viejas disposiciones jamás utilizadas contra el partido comunista. La prensa gala e internacional glosó aquel discurso, no más revelador de la posición del general De Gaulle que muchos otros, pero el G. P. R. A.—cuya glosa era la más importante—se limitó a publicar un comunicado displicente informando «que había examinado los últimos desarrollos del problema argelino». En el ámbito de las reacciones metropolitanas, tomando pretexto de la actividad O. A. S., se organizó en París, el 9 de febrero, una gran manifestación de masas, pese a la prohibición gubernamental. El choque con la policía arrojó el balance de ocho muertos y un centenar de heridos. Los muertos fueron honrados con otra manifestación, celebrada el 13 de febrero, en la que los comunistas vieron «... la unión de las fuerzas democráticas, condición indispensable de la victoria». Hablar de «victoria» era hipertrofiar la realidad, pero era, sí, un éxito poder celebrar dos manifestaciones seguidas pese a estar en vigor el estado de urgencia decretado el 22 de abril de 1961. La deducción lógica es que el Gobierno francés no aparecía más obedecido en Argelia por la O. A. S. que en la metrópoli por las fuerzas.

de izquierdas, agrupadas en un frente «antifascista» ensanchado hasta los progresistas llamados cristianos.

Pero esta situación de hecho no modificó el pensamiento del general De Gaulle, tal como es posible entenderlo a través de su retórica, toda ella tendente a exponer su profesión de fe en materia de gran política internacional. En la actual coyuntura, ésta puede resumirse a los siguientes términos: reciedumbre inquebrantable frente a los comunistas de Moscú, con los que en 1944 firmó un pacto, y olvido de los comunistas domésticos y de los que medran a la sombra del F. L. N.; defensa a ultranza de Berlín—previa retirada sin derrota militar en Argelia—; «force de frappe» (que no es disuasiva, sino «golpeadora» o de choque), para sentar el principio de la soberana independencia de Francia en el marco de la O. T. A. N., y un desprecio, apenas disimulado, hacia el sistema de seguridad occidental; reorganización del Ejército sobre la base de armamentos nucleares, aunque sea oponiéndolo a las fuerzas de la O. T. A. N., armadas con «Polaris», todo ello encaminado a convertir al Ejército francés en el primero del Continente, en el defensor nato de una Europa en cuyo concierto—o desconcierto—el general De Gaulle se esfuerza por llevar la voz cantante a través de una política de «grandeza» que, en la realidad práctica y objetiva, convierte a Francia en perturbadora de todo intento de desarrollo de una política de conjunto del mundo occidental.

En función de este esquema conceptual ideal—ideal en el sentido de sensiblemente desfasado de la realidad francesa, considerada en sí y en función del resto del mundo—se insertaron las declaraciones de Messmer, ministro de la Guerra, confirmando la retirada de dos divisiones de Argelia, como había anunciado el general De Gaulle el 29 de diciembre¹³. Esta medida, poco menos que ininteligible para el profano, se compaginaba en las mentes gubernamentales con el mantenimiento del despliegue militar y guarda de las fronteras durante el período calificado de «transición»—entre el alto el fuego y el referéndum—. En cuanto a las previsiones de Messmer sobre la permanencia de fuerzas francesas en Argelia y la organización de una fuerza local mixta de 30.000 hombres para apoyar al Gobierno Provisional en ese pe-

¹³ La retirada de estas dos Divisiones, sumada a la anterior retirada de las Divisiones 7.^a y 11.^a, ha provocado la supresión de unos 5.000 puestos fronterizos. El ataque argelino de 9 de marzo muestra a las claras cuán necesario es mantener la vigilancia de las fronteras frente a quienes se esforzarán por acreditar el mito de la independencia conquistada por la fuerza de sus armas.

riodo de «transición», aparecían un tanto aventuradas en vísperas de unas negociaciones en las que el F. L. N. no venía a recoger una paz «otorgada», sino que se presentaba con amplia facultad para asentir o disentir, no privándose de esto último en Evian.

Los hechos posteriores sugieren que la Delegación argelina, compuesta por Krim Belkacem, Saad Dahlab, ministro del Exterior; Lajdar Ben Tobbal, ministro de Estado, y Mohammed Yazid, ministro de Información, ni asintió ni disintió o hizo ambas cosas a la vez en el curso de las negociaciones secretísimas iniciadas el de febrero con L. Joxe, Robert Buron, ministro de Obras Públicas, y Jean de Broglie, secretario de Estado de Asuntos Argelinos. De ahí que el 19 de febrero Joxe lanzara el grito de victoria: se había concertado el alto el fuego. En cambio, los argelinos, más circunspectos, acaso más verídicos, dijeron por boca de Krim Belkacem: «Todavía queda mucho por hacer...»

Hacia el quehacer de la aprobación de los proyectos de acuerdo partió la Delegación argelina rumbo a Trípoli, donde el 22 de febrero se reunió el G. P. R. A., mientras la Delegación francesa, sencillamente, iba a rendir cuentas al Consejo de ministros, limitándose a esta formalidad. Las deliberaciones secretas del C. N. R. A. duraron varios días. Poco se supo de ellas, pero el menos sagaz de los observadores pudo deducir que las tendencias más acusadas del F. L. N. hallaron campo abonado para luchar entre sí¹⁴.

¹⁴ Las tendencias más sobresalientes son la llamada «egipcia» o dicen que inspirada por Nasser, representada por los «duros» Busuf, Ben Tobal y, hasta hace poco, por Belkacem que, tal vez, al aire de las negociaciones se haya «reblandecido», en opinión de otros que se han «endurecido» después de haber sido «blandos». La Historia brinda muchos casos de evoluciones de este tipo. Para los «duros», la Revolución ha de dominar todo el panorama, siendo elemento secundario de la cuestión la duración de la guerra que tiene atormentada al pueblo argelino. Otra tendencia es la Ferhat Abbas, más conciliadora si se quiere. Esta supedita todo a la obtención de la independencia. Recordamos que por enfocar el problema desde tal punto de vista, Ferhat Abbas fué apartado del G. P. R. A. y sustituido por Ben Jedda, el más marxista de todos los dirigentes del F. L. N. y decidido a instaurar un Estado socialista. Sus declaraciones sobre las nacionalizaciones de las tierras son muy reveladoras a este respecto. Al parecer, las negociaciones que se realizan bajo su jefatura y que, de llegar a un resultado positivo le darán todo el prestigio de que carece en las masas musulmanas, incitan a Ferhat Abbas a «endurecerse». Ben Bella, pese a su categoría de «histórico», corre el riesgo de ser empujado por la nueva ola, como él empujó en su día a Messali Hach, primer luchador del nacionalismo argelino activo y organizado, hoy caído en el olvido y del que Francia no se ha acordado a la hora de las negociaciones, pese a que pequeñas unidades de su obediencia estén presentes en

Al fin, el 28 de febrero, un comunicado oficial publicado en Túnez hizo saber que la C. N. R. A. autorizaba al Gobierno argelino a *continuar* las negociaciones. Mientras el Gobierno francés creía haber tocado la meta, el CNRA estimaba que había que proseguir el camino hasta alcanzarla. El ulterior desarrollo de los hechos, visto desde el nuevo Evian, muestra que era la visión argelina la que respondía a la realidad. Joxe había tomado sus deseos por realidades.

El 6 de marzo se reanudaron en Evian las negociaciones francoargelinas, esta vez sin el sigilo y misterio anteriores. Pasamos de largo ante esa etapa de «suspense». En la medida de lo posible, la prensa relató las alternativas de optimismo y pesimismo, esperanza y desaliento, sufridas por los negociadores y por quienes abrigaban la ilusión de una paz positiva, que podía alcanzarse mágicamente mediante unas firmas estampadas en acuerdos tomados prescindiendo sistemáticamente de algunos de los factores del problema que se trataba de resolver. Por lo demás, sólo se trataba de precisar «puntos» relativos a extremos ya tratados en la anterior negociación. Tal se desprende al menos a la vista de los acuerdos definitivos, que coinciden casi totalmente con los publicados por la prensa mundial con carácter oficioso a fines de febrero. Lo cual confirma la impresión de que las discusiones, que reiteradamente hicieron aplazar la fecha de la firma de los acuerdos, fueron motivadas por «puntos» que no figuran en los mismos: por ejemplo, los métodos para luchar contra la O. A. S.

Al fin, el 18 de marzo, se dió por concluido el «alto el fuego» que había de entrar en vigor el 19 a las doce, aún cuando en una Argelia caótica nadie se hubiera percatado del histórico momento a no ser por la huelga general decretada por la O. A. S. y seguida por toda la población profrancesa. Al mismo tiempo que el acuerdo de «alto el fuego», destinado a poner fin a una guerra que, oficialmente, jamás había empezado, entre otros motivos por no habersele reconocido al adversario el carácter jurídico de beligerante, se hizo pública una Declaración General, partida de nacimiento extendida por el Gobierno francés al Estado argelino. Señaladamente dice esta Declaración General: «El Estado argelino ejercerá plena y completa soberanía, tanto interna como externamente. Esta soberanía se aplicará a todas las esferas y en particular en defensa nacional y asuntos exteriores. El estado argelino establecerá libremente sus propias instituciones y esco-

Argelia. Estos grupos, con sus diferencias políticas, culturales, etc., pueden convertirse en factores de otro problema argelino, llegada realmente la independencia. El recuerdo del Congo surge involuntariamente.

gerá los regímenes políticos y social que considere más adecuados a sus intereses. En la esfera internacional definirá y aplicará en completa soberanía la política que escoja». Esta afirmación de principios nos parece interesante a la hora de acariciar el sueño de una «asociación» de Francia con Argelia, o de Argelia con Francia, que no estimamos más viable que la interdependencia con Marruecos cuyos frutos políticos son, en el plano internacional, la postura neutralista de este país.

Por otra parte, respetando las etapas señaladas con ahinco por el general De Gaulle, los acuerdos franco-argelinos prevén un período transitorio coincidente con el establecimiento de un Poder Ejecutivo provisional, para cuya presidencia ha sido designado Abderramán Fares, experimentado ex presidente de la Asamblea argelina, detenido en el pasado noviembre por sus actividades en favor del F. L. N., pese a lo cual ha sido calificado de personalidad «neutral». Las tareas encomendadas a este Poder Ejecutivo son aquellas que incumbían a la Administración francesa, que será sustituida por una Administración desempeñada por argelinos. También le corresponde el nada fácil cometido de mantener el orden—mejor dicho, restablecerlo—, con la ayuda de los Servicios de Policía y Fuerzas de Seguridad, cuya cifra primitivamente fijada en 30.000 hombres ha sido elevada hasta 20.000. Es de advertir que, por su parte, el F. L. N. se ha organizado anticipadamente su propia policía con elementos suyos, en espera de que las fuerzas del A. L. N., contenidas en Tunicia y Marruecos por el Ejército francés, aún vigilante en las fronteras, puedan entrar con el arma al brazo en el territorio de Argelia. Además de esta misión administrativa y de orden público, el Poder Ejecutivo provisional ha de preparar en plazo breve elecciones con vistas a crear una Asamblea argelina, destinada a sentar las bases de una Constitución democrática. En cuanto al Poder judicial, estará a cargo de un Tribunal de Orden Público. Su instalación ha sido precedida por la creación de Consejos de Guerra destinados a reprimir la actividad de la O. A. S., la cual sigue desarrollando su programa, creando un Comité de Resistencia presidido por el general Salan, aparte de multiplicar las huelgas y los actos de violencia destinados a desmontar el aparato político-administrativo francés e impedir la implantación del argelino. Representando a Francia en Argelia durante el período de transición, se ha previsto un Alto Comisario, cargo para el que ha sido requerido el general Billotte—que declinó el honor—y designado Christian Fouchet.

En el orden financiero se reconoce a Argelia el derecho a tener su propia moneda, aun cuando se haya comprometido a permanecer en el área

del franco. En contrapartida, Francia, preocupada por el desarrollo económico y social de Argelia, le prestará una importante ayuda económica y financiera, asegurando, en particular, la aplicación total del Plan de Constantina que el general De Gaulle puso espectacularmente en marcha al mismo tiempo que, en secreto, ponía en marcha el plan de la independencia argelina. La cooperación franco-argelina en el Sahara—que los acuerdos han hecho parte integrante de Argelia, como reclamaba el F. L. N.—quedará asegurada por un Cuerpo Técnico paritario (50 por 100/50 por 100). El Estado argelino se reserva el derecho a otorgar concesiones mineras y legislar en la materia con absoluta soberanía¹⁵.

Respecto a las fuerzas militares francesas, se prevé que los efectivos se reduzcan progresiva y rápidamente: en el plazo de un año, sólo quedarán en Argelia 80.000 hombres, los cuales serán repatriados a los dos años. No obstante, Mazalquivir podrá ser usado como base por Francia durante quince años, así como determinados aeródromos e instalaciones militares, pero con restricciones en caso de utilización bélica¹⁶.

En cuanto al punto más espinoso de los acuerdos franco-argelinos, la minoría europea, confirman que los residentes en Argelia tienen un plazo de tres años para optar por la nacionalidad argelina, lo cual supone en los negociadores franceses un incuestionable menosprecio hacia el sentir nacional de sus compatriotas. Cumplidas ciertas condiciones, los europeos que hayan adoptado la nacionalidad argelina gozarán los mismos derechos que los étnicamente argelinos. Los que no la adopten serán considerados como extranjeros, con todas las consecuencias políticas, administrativas y fiscales derivadas del hecho. Las garantías concedidas a los europeos se refieren a sus propiedades, contra las que no se tomará «ninguna medida o disposición sin que se haya concedido previamente una justa compensación», lo cual supone que de conformidad con la línea revolucionaria, sobre la que tanto carga el acento el F. L. N., «concedida una justa compensación», el Estado argelino podrá tomar legalmente las medidas que estime pertinentes

¹⁵ Con vistas al futuro de abandono decidido de la soberanía francesa en el Sahara, el *Journal Officiel* se ha apresurado a publicar textos pendientes relativos a solicitudes de exploraciones petrolíferas, en particular en favor de la CREPS, grupo comprensivo de capitales públicos franceses y de la Royal Deutch Shell.

¹⁶ «... hemos acordado con ellos (los franceses) que las tropas francesas en Mazalquivir no serán utilizadas contra ningún país», según declaraciones de Saad Dahlab, ministro del Exterior argelino, a un reportero del periódico cairote *Al-Ahram*. Luego la inutilidad para Francia y Occidente de esta base es evidente.

para aplicar sus doctrinas. Asimismo, se garantiza el respeto a la religión, la cultura, el idioma, etc., como no puede ser por menos, en un Estado que se apresta a entrar en la vida internacional con el marchamo democrático.

Los juristas tendrán amplia materia de glosa y análisis con los textos destinados a ser base y guía del Estado argelino. Dada la realidad que pretenden encauzar y moldear, perdonamos la disquisición, señalando simplemente la incoherencia de que una vez definido nítidamente un Estado que gozará de completa soberanía, toda esa construcción jurídica quede supeeditada a los resultados de un referéndum que se da por conocido, puesto que los acuerdos parten de la base de la independencia de Argelia por autodeeterminación. Por otra parte, cabe preguntarse con el diputado argelino Robert Adbesselam, hasta qué punto tienen valor jurídico estos acuerdos, que no han sido concertados con un Gobierno—el G. P. R. A. no tiene el carácter jurídico de gobierno—, sino con una organización política que, por muy nutrida que esté, no constituye un gobierno legal de por sí, ni por ser heredero de otro. El F. L. N. y sus dirigentes están pendientes de una voluntad popular aún no manifestada por votación. Si los elegidos por la voluntad popular fueran otros dirigentes que los actuales, ¿no podrían los llamados a gobernar dar por nulos los acuerdos suscritos, argumentando que fueron concertados por elementos que no detentaban legalmente la autoridad ni la soberanía argelina? Hace tres años, el mismo general De Gaulle negaba toda capacidad representativa a los dirigentes del F. L. N. Luego, sin que interviniera ningún cambio, modificó su posición para dar por bueno cuanto acordaran. Es este un antecedente peligroso.

Proclamado el «alto el fuego», firmados los acuerdos, queda por llevar la teoría a la práctica. La prensa y la radio relatan diariamente las incidencias trágicas de una situación de caos en una Argelia donde, reconciliada Francia y el F. L. N., han surgido terceros en discordia. Porque no es sólo la O. A. S., la que se enfrenta con los enemigos de ayer unidos en frente común. Detrás, junto y en torno a la O. A. S., hay el millón de europeos, casi todos franceses o naturalizados franceses, sacrificados en el altar de la hipotética paz y de la política de «razón», «buen sentido» y «grandeza». Hay el millón largo—según cálculos de imposible comprobación—de argelinos musulmanes, los fieles a Francia, los comprometidos por «colaboración», los humildes «harkis», que han luchado con el Ejército francés para defender la presencia de Francia en Argelia. Hay la minoría judía, unida a la minoría

europea¹⁸. Y, para haber de todo, hasta hay nacionalistas argelinos: el pequeño núcleo equidistante entre el F. L. N. y la comunidad francesa, constituido por los fieles a Messali Hach, anciano, olvidado y amargo, que aún obedece las consignas del M. N. A. y se mantiene al margen de los acuerdos suscritos por los «traidores», de suerte que las fuerzas armadas de esa obediencia han recibido la orden de proseguir el combate a la vez contra el F. L. N. y contra Francia. Idéntica consigna ha difundido la O. A. S. a la vista de la cooperación entre fuerzas armadas francesas y fuerzas del F. L. N. para exterminarla. La locura cabalga en Argelia a lomos del «alto el fuego», aunque el general De Gaulle lo haya pintado con los amables colores de una victoria de Francia y su República en su mensaje al pueblo francés de 19 de marzo. Cierto es que tampoco cabe decir que Francia ha sufrido una derrota, ya que su Ejército «*se ha asegurado el predominio del terreno en cada región y las fronteras*», como confirmó el propio general De Gaulle en ese mismo mensaje, que dejaba traslucir la diversidad de factores—no todos declarados—que han presionado en favor de una paz que desemboca en un nuevo problema.

Pese a ser varios también los factores que integran el nuevo problema de Argelia, estimamos que sólo caben dos soluciones para el mismo, ya que, en definitiva, se reduce a la lucha de dos conceptos políticos: la plena victoria del Gobierno francés, que es expresión articulada de los deseos de la masa, o el triunfo de la O. A. S. El triunfo de la O. A. S. y de sus propósitos implicaría un cambio radical en las orientaciones internas y externas de Francia. Ello no parece posible en estos momentos, aunque exista en favor de la O. A. S., como síntoma revelador de su capacidad para la agitación, el hecho de que las medidas adoptadas para aniquilarla no han logrado su objeto e incluso están constantemente a la zaga de una actividad en constante desarrollo. ¿Podrá a la larga sostener el esfuerzo, ampliarlo y consolidarlo? Las apariencias aconsejan contestar por la negativa, pero la sombra en que se mueve esa organización quizá hurte al observador alejado de esa realidad interesantes elementos de juicio. Además, no ha de hacerse una división maniquea de la opinión francesa, situando

¹⁸ Veinte mil judíos han abandonado Argelia. Los 135.000 que aún permanecen allí están identificados con la población europea. Tal vez, por haber adoptado esta posición, las asociaciones y ligas pendientes de defender los derechos humanos no se preocupan de estos judíos argelinos, con frecuencia víctimas de atentados y maltratados por parte del F. L. N. Son judíos de segunda categoría, indignos de los desvelos sospechosos de un sector mundial cuyo humanitarismo es discriminatorio.

todos los defensores de la «Argelia francesa» al otro lado del Mediterráneo y a todos los partidarios de la secesión en la Metrópoli. El último debate de la Asamblea Nacional así lo muestra, entre otras manifestaciones de protesta por una decisión tan anticonstitucional como separar de Francia un territorio que la Constitución de 1958, en vigor, dice formar «parte integrante de la República». Aunque el «sentido común» invite a estimar que poco peso específico puede tener la oposición a los hechos que se encadenan con implacable lógica, partiendo de las premisas del desenlace de la II Guerra Mundial, tampoco se puede descartar sistemáticamente la eventualidad de una «volte-face» francesa a los vientos de una Historia que esa fecunda paridora de ideas ha contribuido a orientar tan funestamente.

Mas si los acontecimientos se desarrollaran con lógica, como acaece a veces, sin que esto sea una ley histórica, no se desandarán lo andado y, con el tiempo, Argelia será efectivamente independiente. Habida cuenta de la evolución interna registrada en el F. L. N. a lo largo de una lucha de tanta duración, que ha gastado hombres y métodos, dando lugar a que sobre la superficie lisa de un nacionalismo comprensible se formen olas y «nuevas olas», el futuro de esa Argelia independiente plantearía una interrogante si sus rumbos no se inscribieran en filigrana en las actividades y las declaraciones recientes de sus dirigentes, situados en los puestos de mando efectivos. Antes de haber asumido el poder, los dirigentes del G. P. R. A. han definido su posición ante un mundo en el que han de desempeñar un papel, aunque sólo fuera por la situación geográfica de Argelia. Papel que, es evidente, no se limita al Norte de Africa y al viejo sueño del Magreb unificado¹⁹.

Así tenemos a Saad Dahleb, ministro del Exterior, que en el ámbito de la política internacional ya ha precisado que «su Gobierno confirmará la línea política adoptada en la Conferencia de Belgrado». Es decir, que Argelia será «neutralista». Por otra parte, Ben Busuf, ministro de la Guerra, en viaje recientísimo a Moscú, hizo allí una declaración exaltando los lazos de amistad anudados entre su país y la U. R. S. S., lazos que la independencia estrecharían. Y así ha empezado a ser. La U. R. S. S., haciendo caso omiso de las fases cuidadosamente previstas por el Gobierno francés, para la entrada de Argelia en la sociedad internacional, la ha reconocido «de jure» el 20 de marzo, seguida de Checoslovaquia y Rumania, lo cual ha motivado

¹⁹ Vid. Carmen Martín de la Escalera: «El tratado entre Marruecos y Túnez y el panmagrebismo», *Política Internacional*, núm. 33, octubre 1957.

una gran y vana protesta de Francia. ¿A qué aguardar el resultado de un referéndum en Francia (8 de abril) y de otro en Argelia, cuando se trata de tomar posiciones? En cuanto al Jefe del G. P. R. A., Yussef Ben Jedda, son bien conocidas sus estrechas vinculaciones con los dirigentes de la China comunista, donde estuvo en 1959. Se podrían aducir numerosas otras pruebas para demostrar que el Estado argelino, aun antes de salir del cascarón, ya pía por la panacea del marxismo para resolver sus problemas. Cierto es que la liberación de Ben Bella y sus codetenidos puede aporiar una modificación en las actitudes de los miembros del G. P. R. A., pero nos tememos que ello sería a costa de luchas internas cuyo resultado es rara vez favorable al espíritu de moderación. «Las revoluciones nacionalistas tienen actualmente una dinámica que las lleva hacia la izquierda social y el comunismo», ha hecho observar un americano inteligente al tratar de Argelia.

Por ello, a la vista de estos y otros antecedentes, estimamos que la cálida satisfacción con que el mundo libre ha acogido la supuesta solución del problema argelino debería enfriarse con un poco de objetivo realismo. El realismo, tan parecido con frecuencia al pesimismo, es fruto de la experiencia. Las experiencias abundan en el mundo que nos ha tocado vivir. Dígalo si no América, que lleva clavado en el flanco el dardo cubano. Por ello, los observadores de la política internacional dotados de alguna lucidez mental apuntan ya que Estados Unidos no debería abandonar las bases de Marruecos, donde la U. R. S. S. ya está introducida, señaladamente para establecer unos astilleros en Tánger, como contribución al desarrollo del país. Asimismo, en Marruecos ha estado Mikoyan, al regresar de Guinea, y hace unos días estaba el mariscal Malinovski, siendo éstas las figuras más destacadas, aunque tal vez no las más operante, en el desfile de visitantes del bloque soviético, que se presenta en orden cerrado de combate frente a un mundo occidental que tantas veces da la impresión de estar preparando el terreno al enemigo, con todo candor. Nadie desconoce el inmenso interés de la U. R. S. S. por Africa. Una base operacional en el centro mismo del Norte de Africa, una cabeza de puente de tipo castrista a escasos kilómetros de Europa, ¿no sería retrotraernos a la inseguridad en el Mediterráneo de la época de los Estados berberiscos, ello con métodos del siglo XX?

«El anticolonialismo no es otra cosa que la liquidación de un pasado histórico a costa de las naciones europeas», ha dicho el profesor Carl Schmitt. Este certero juicio es muy apropiado para sintetizar el hecho de una paz

ARGELIA: UN PAÍS EN ESPERA DE SU DESTINO

teórica que brinda menguadas perspectivas para el engrandecimiento real de Francia, el cumplimiento de su misión europea, la estabilidad en el Mediterráneo y el fortalecimiento del mundo occidental. Ya señaló Clausewitz que no hay nada peor que esperar de cierta política unos resultados que no puede dar.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.